






# PARÍS YA NO ES UNA FIESTA

Por Cynthia Arvide

 La Ciudad Luz se apaga después de las 11 de la noche. Con horarios cada vez más estrictos, leyes que restringen la venta de bebidas, las áreas de fumar y el límite de decibeles, la noche parisina amenaza con morir en silencio. Propietarios e inquilinos de zonas habitacionales exigen más tranquilidad y una llamada a la policía basta para lograrlo. Multas y clausuras, licencias y permisos que se estancan en la administración... El sistema ahuyenta a los empresarios, a los artistas y a los clientes de la escena nocturna. Cada vez parece más difícil divertirse en la ciudad que el escritor Ernest Hemingway, autor de *París era una fiesta*, llamaba la fiesta movable.



París, Francia.- Es 14 de julio de 2009, día de la fiesta nacional de Francia. Los *bateaux mouches* están a reventar de turistas en el río Sena, sobre todo aquellos con vista a la Torre Eiffel, donde se ve el mejor espectáculo de fuegos pirotécnicos. La multitud se desborda de las banquetas en las avenidas que rodean la plaza de La Bastilla. Los autos tienen dificultad para cruzar y los fumadores, clientes de distintos bares, se refugian en las calles. Al abrir y cerrar de puertas, escapa el retumbe de las bocinas, el eco de la música. Los vidrios se empañan con el calor humano y las botellas siguen saliendo de la cava.

Alejandro, un mexicano que estudia la maestría en la Universidad de Sciences Po, quiere ver cómo celebran los franceses su día. Se reunió con un compañero de clase australiano frente a la estación del Metro y recorren el boulevard de Bastille en busca de un bar. Les han recomendado el Zéro Zéro, un pequeñísimo local que, detrás de su fachada amarilla y grafitada, atrae con su música electrónica y las bebidas a tres euros a cineastas, artistas, actores, músicos, modelos y muchos jóvenes.

Todos aman el Zéro Zéro... excepto sus vecinos. Como el señor Gras, quien ha llamado en varias ocasiones a la policía para quejarse del ruido. No perdona que sea 14 de julio, y al igual que otros vecinos de la misma calle, decide tomar medidas. Algunos han lanzado huevos, otros arrojan agua. El desorden impide a Alejandro llegar a su destino, pero una vez que ha arribado una patrulla a despejar a la gente, ya no tiene caso ir. El bar recibe la clausura por un mes, efectiva de inmediato.

París ya no es una fiesta.

Las multas y clausuras de bares y cafés por el riguroso esquema legal se han incrementado desde la entrada en vigor de la ley antitabaco en enero de 2008. Desde que los fumadores tienen que salir con sus cigarrillos y sus conversaciones a las banquetas, la culpa cae sobre los locales, y las quejas de vecinos por el bullicio, la música o el baile han orillado a los gerentes a bajar el volumen si no quieren recibir alguna sanción. Ni los parisinos ni los turistas pueden divertirse como antes.

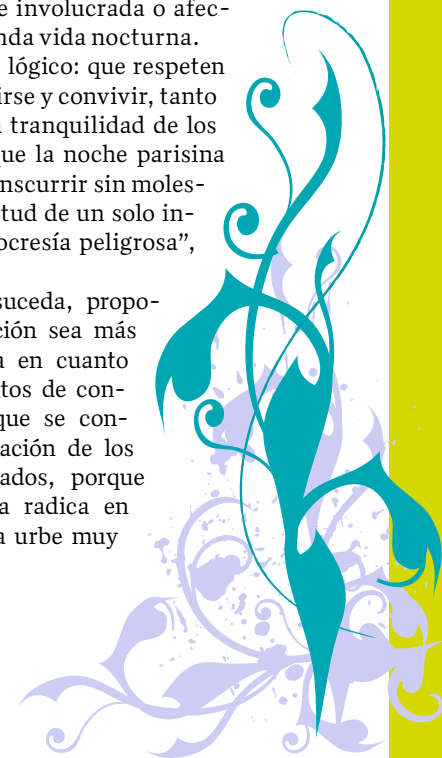
\*\*\*

Eric Labbé es fanático de la música electrónica. Ha sido *dj*, maneja la tienda My Electro Kitchen, organiza conciertos cada mes y conoce a todos los que son alguien en el mundo de la fiesta. Es alto, de piel clara y unos ojos diminutos que se amplían cuando se coloca sus anteojos. Tiene clientes asiduos que vienen a buscar algún LP y de paso se enteran de los próximos eventos. Sólo que cada vez es más difícil llenar el calendario. Eric es uno de los autores de la petición “Cuando la noche muere en silencio” ([quandlanuit-meurtensilence.com](http://quandlanuit-meurtensilence.com)), un movimiento que resume el descontento de aquellos que desean hacer más que dormir después de las 10 en la capital francesa.

“Era algo de lo que todos hablaban desde hace dos años, especialmente artistas y organizadores de conciertos. Yo tuve que cancelar un evento en el NY Club, un lugar que había tenido varios problemas con los vecinos hasta llegar al punto en que era imposible continuar, así que cerró sus puertas. En ese momento dije ‘hasta aquí’ y decidí hacer algo”, recuerda Eric, quien se unió al centro de espectáculos La Flèche D’Or y a la asociación Technopol para tomar cartas en el asunto. Desde su lanzamiento, el 24 de octubre de 2009, ha reunido más de 14 mil firmas de gente involucrada o afectada por la moribunda vida nocturna.

Lo que piden es lógico: que respeten su derecho a divertirse y convivir, tanto como se procura la tranquilidad de los vecinos. “Pensar que la noche parisina pueda o debiera transcurrir sin molestar la perfecta quietud de un solo inquilino es una hipocresía peligrosa”, apunta el texto.

Para que eso suceda, proponen que la legislación sea más clara y equilibrada en cuanto a los establecimientos de convivencia, incluso que se considere una demarcación de los barrios más animados, porque parte del problema radica en que se trata de una urbe muy



concentrada, sin distinción alguna entre las zonas residenciales y de convivencia.

Por todas partes hay restaurantes, bares y comercios. Además, la mayoría de los edificios son históricos, así que no están bien aislados del ruido y, como se encuentran protegidos, no es fácil realizar los costosos trabajos de adecuación sonora.

Jean, uno de los clientes regulares de Eric, está convencido de que la ciudad va en decadencia. “Parece que estamos en provincia, después de las ocho de la noche ¡no hay nada! El problema es que si aquí, en París, ya no podemos divertirnos, no lo haremos en ningún lugar de Francia. Esta solía ser la ciudad de la cultura, de la velocidad. Ahora es la capital del adormecimiento”.



Un viernes de enero de 2010, alrededor de las 10 de la noche, cuatro amigos se reúnen para cenar en el departamento que renta uno de ellos. Prefieren la comodidad de la casa a los nueve euros que cuesta un coctel afuera y, así, al menos uno de ellos se ahorrará el taxi de regreso a casa. Comienza la conversación y de pronto los interrumpe un “tap, tap, tap” debajo del piso laminado.

Es la vecina que habita abajo y a la que claramente le molesta el ruido que generan las personas al platicar alrededor de una mesa. No hay música, nadie baila, ni siquiera una carcajada demasiado fuerte. Al día siguiente, una carta furiosa contra los inquilinos. “Esto es intolerable. La gente necesita dormir”, se queja la vecina. Sucede cada vez con mayor frecuencia el choque entre las personas que buscan el silencio y las que quieren la convivencia.

Los altos precios del sector inmobiliario en la ciudad han ayudado a crear un aburguesamiento de los que habían sido barrios populares. Los nuevos propietarios suelen ser más exigentes respecto a la tranquilidad de su hogar y, sobre todo, están más dispuestos a tomar el teléfono y llamar a la policía. Y con el decreto antirruído a su favor –ha clasificado los

diferentes ruidos que atentan contra la salud y bienestar– sólo tienen que acudir al ayuntamiento y levantar la queja.

En Francia todos se quejan de algo. También ha ido a protestar a la Mairie un grupo de inconformes por el cierre del Zéro Zéro. Pero voltear la moneda no es fácil. Otro bar en el corazón de La Bastilla, el Mécanique Ondulatoire, organizaba conciertos sin tener licencia de espectáculos hasta que un vecino procedió legalmente en febrero pasado.

En el caso del Mécanique, “al ser un bar pequeño, no entra a la categoría de las grandes salas de conciertos como el Bataclan o el Olympia”, comenta Xavier Simon, el dueño, en un panel de discusión transmitido por internet.

Para muchos, el problema inicia con adquirir la licencia adecuada. Existen tres tipos: la N para el bar común, la L para las salas de conciertos, y la P para discotecas o salones de baile. No existe un punto intermedio para los bares que desean tener animación musical, como un *dj* por ejemplo, y tampoco se puede bailar en ningún lugar que no sea discoteca.

Además, existe la autorización nocturna, la cual permite a un lugar mantenerse abierto después de las dos de la mañana, pero es muy difícil de obtener. “Toma mucho tiempo, hay que renovarla cada tres meses y no es seguro que, una vez concedida, te la den de nuevo al cabo de ese periodo. Así no se puede invertir”, comenta Fabien Savoye, dueño del Savoye Café.

Con los trabajos de aislamiento sonoro que realizó en su café, se puede proteger de los vecinos sensibles que viven arriba, pero no hay nada que lo ampare si algún policía lo catcha a través de la fachada de cristal haciendo algo fuera de la ley, como bailar.



Todos podían entrar fácilmente a La Locomotive, al lado del famoso Moulin Rouge, en la zona de Pigalle. A diferencia de otros antros, como el VIP en los Campos Elíseos, La Loco era un lugar accesible, relativamente barato y en una de



Existe la autorización nocturna, que permite a un lugar mantenerse abierto después de las 2:00 am, pero es muy difícil de obtener. "Toma mucho tiempo, hay que renovarla cada tres meses y no es seguro que, una vez concedida, te la den de nuevo (...) Así no se puede invertir"

las zonas más animadas por la noche. En los tres pisos repletos de adolescentes se respiraba mucho más erotismo que en el ensayado espectáculo del cabaret de al lado, creado totalmente para turistas.

En noviembre de 2009 La Loco cerró sus puertas definitivamente. El Moulin Rouge lo absorbió y lo convertirá en el Café Moulin Rouge: restaurante y museo. Con un destino similar, otros antros que hicieron historia en las décadas de los ochenta y noventa han dejado de existir, entre ellos el Palace y Les Bains-Douches.

La hermosa capital francesa amenaza con volverse un enorme museo, donde sólo se pueden admirar los edificios y monumentos. La



Ciudad Luz ahora “Ciudad del Sueño”, la definen los autores de la petición.

En internet también se quejan de la situación. En la página de la petición en Facebook se acumulan los comentarios y las críticas. Richard Gaultier escribió: “Las políticas quieren hacer de las calles un lugar de transición entre el domicilio y el lugar de trabajo. En París no se puede hablar fuerte en las terrazas, no podemos tocar música, ni fumar, ni beber, ni reír, todo para no molestar a los propietarios, a quienes no se les ocurrió que comprar un departamento en una calle popular les causaría un inconveniente por el ruido”.

\*\*\*

Sin ninguna transición, se acabó la música y se encendieron las luces. El mesero se plantó a un lado de la mesa, esperando que pagáramos la cuenta. Su rostro pálido y malhumorado insta a levantarnos lo más pronto posible. Berni y Felipe, dos veinteañeros que venían de Barcelona el fin de semana con ganas de “irse de juerga” no bajaron el ánimo.

–Bueno, ¿y de aquí a dónde nos vamos?

–¿Dónde? Pues a ningún lado.

–¡Cómo! Pero si es temprano, debe haber algún sitio donde podamos seguir...

–Pues buena suerte al buscarlo, yo, la verdad, no conozco ninguno. Si quieres intenta caminar un poco a ver si hay uno.

Después de recorrer las intrincadas callejuelas alrededor de Montmartre, sin encontrar nada abierto, los españoles deciden ir hacia la avenida Campos Elíseos, ¡algo tiene que haber ahí! Está el legendario Queen, el antro gay al que prácticamente no se puede entrar sin reservación. Ni soñando entraron.

Mientras en París se apaga la noche, otras ciudades europeas están ganando terreno. El “Reporte sobre la competitividad nocturna de París”, realizado por la Escuela de Guerra Económica, clasificó a la urbe francesa en último lugar, detrás de Londres, Berlín, Barcelona y Amsterdam, en un comparativo que tomaba en cuenta factores como oferta cultural, transporte público nocturno, seguridad y costos.

Aunque París es la ciudad más visita-

da por turistas en el mundo (30 millones de personas cada año), carece de una dinámica atractiva después del cierre de los museos y monumentos. La restricción en los horarios, la exigente regulación de los lugares de convivencia y una red insuficiente e insegura de transporte nocturno debilitan a la capital francesa frente a sus vecinas, que atraen cada vez más a los viajeros, así como a nuevos artistas, músicos y empresarios del ambiente nocturno.

En Berlín, la capital de la música electrónica, “puedes conseguir una autorización para funcionar de noche en un mes o dos”, dice Eric. En tanto, “aquí un bar lleva un año esperando la licencia, quizá en seis meses la obtenga. No será con nuestros tres museos, así sean los más bellos del mundo, que vamos a competir contra Londres, Berlín o Barcelona. Todos los *disc jockers* quieren irse para allá”, lamenta Jean.

\*\*\*

A unas cuadras del Hôtel de Ville, se puede ver la misma publicidad en casi todas las paradas de autobús. Se trata de un nuevo sitio, llamado *parisnightlife.fr*. Es un esfuerzo por revivir el ambiente nocturno. Una agenda y un mapa interactivo son hasta ahora el único proyecto real para salvar del aburrimiento a la ciudad de Jean Paul Sartre. “París ama la noche”, decía Jean-Bernard Bros, adjunto del alcalde encargado de turismo, cuando presentó el sitio web en conferencia de prensa: “Ninguna ciudad en Europa ha tomado esta iniciativa de ayudar a los visitantes y los noctámbulos. París es aún la Ciudad Luz, está en el top”.

Alejandro no es de los que van al Zócalo cada 16 de septiembre. Pero este año se le antoja mucho estar ahí y dar *El Grito* sin preocuparse de algún vecino de sueño ligero. Desde su estudio compartido, cinco mexicanos preparan un plato de guacamole sin chile serrano, y brindan con tequila (uno cuya marca no existe en México) por su país, donde todavía se puede hacer una buena fiesta. ¶

